

Afinado en «LA»

Marisa López Soria

Entró en la casa atropelladamente pidiendo un instrumento afinado en «la». Le sonreí, porque estaba feliz de estar otra vez en casa, aunque sus modales y aspavientos me parecieron excesivamente ampulosos. La dejé sola, y me dirigí al interior de la casa, buscando afanosamente todo tipo de instrumentos pequeños y grandes, tratando de hallar en sus cuerdas y teclas la clave de «la». Comencé la búsqueda algo incierta, pero vivir tanto tiempo con el músico me daba la certeza de poder reconocerlo. Anduve mirando detenidamente los instrumentos, recorrí la casa, bajé al desván, subí a la azotea, y por fin, allí de pie entre otras, vi la guitarra cuyas cuerdas, él había dejado pulsadas inequívocamente en clave de «la». Volví triunfante con ella.

La extraña me esperaba sentada en el despacho, tras el escritorio. Abrió un cajón.

—Él suele guardarlo aquí. —Dijo, meciéndose en el asiento de alto respaldo.

La guitarra en mi mano, tañó como un corifeo desvergonzado.

Indignada le pedí a la mujer que saliera inmediatamente de allí, al principio con un tono de voz natural, luego amenazadoramente, haciendo resbalar las palabras de mi boca. Lejos de intimidarse me miró con sorna sonriendo casi despectivamente, con una mueca burlona en sus ojos y cierto regocijo interior que me detuvo de pies y manos.

Ante mis atónitos ojos, siguió registrando algunos armarios, hasta que encontró un pequeño saxo visiblemente afinado en clave de «la». Mi asombro no acabó ahí. De otro lado, cogió un sobre usado, escribió una nota en su revés, y lo dejó apoyado en un lugar visible.

—Usted debe ser su mujer —aclaró mientras salía por el espacio

que yo dejaba entre mi cuerpo y la mesa.

Cogió el saxo y volvió a sonreírme de aquella manera mientras contoneaba voluptuosa y tranquilamente su cuerpo hacia la puerta.

—Buenas tardes —añadió al salir. Cerró la puerta y eso fue todo. La escasa luz que me envolvía de pie en el amplio recibidor hacían de mi figura un fantasma absorto en sensaciones, incrédulo al espectáculo que acababa de presenciar.

Empecé a sentir el calor de la ira, de la rabia, de la impotencia, y mi mente dio la solución a los hechos, con palabras y gestos que debí pronunciar y hacer a su debido tiempo. La cólera casi me impedía moverme del lugar.

De pronto recordé la nota. La nota. Qué descaro. Fui al despacho. Allí estaba tal y como ella la dejara, la letra casi ininteligible, contenía un mensaje: «Mario no. Corre. Margarita» Mario no. ¿Quién sería Mario? Corre. ¿Quién habría de correr? Lógicamente si la nota estaba escrita en mi casa, era para él, era él quien debía correr. Pero ¿por qué? Mario no. Punto. Corre. Ella, esa mujer que había venido era Margarita y le decía a él, tan mío, que corriera. ¿A qué, a dónde, hacia qué? ¿Pero quién era Mario?

Tampoco hacía falta ser un lince. Las interpretaciones podían ser muchas, pero sólo encontré una válida. Esa mujer vivía con Mario, fuera quien fuese Mario, pero Mario no estaba, se había ido y le pedía ahora escandalosamente, loca de gozo que fuera, y que fuera corriendo, se lo pedía Margarita. Ahora fueron los celos. Los celos devastadores, ruinosos, lacerantes y perturbadores.

Mantuve la respiración momentáneamente, temiendo en cualquier instante que el redoble de mi pecho perturbara la tranquila serenidad de

la casa como un eco traidor. Los ojos estaban fijos en aquellas palabras casi garabateadas en el papel, pero mi mente lejana reconstruía la escena vivida, y mi imaginación más allá, las no vividas.

Entendí ahora la sorpresa en los ojos de él, al verme llegar tras mis cortas vacaciones y un toque de intranquilidad en la voz, que en principio hasta me enterneció. ¿Era esto?

Encontré ridícula la situación, el retorno a casa presurosa y añorante, la nota que el destino locamente había puesto al alcance de mis manos. Me compadecí y casi brotan lágrimas de mis ojos. Pero seguía recordando. Recordé a la mujer.

—Él suele guardarlo aquí —había dicho.

Conocía la casa, conocía sus cosas, sus cajones. ¿Desde cuándo? Esa mujer me empequeñecía. No era bonita, pero tenía un no sé qué tan sensual; su cuerpo, sus ademanes, su voz. Me estremecí. Margarita. Y Margarita no dudaba ante un instrumento afinado en «la». Un sudor espeso y una angustia densa fueron inundándome. Tuve la sensación de hundirme en un pozo oscuro y deseé no haber deshecho mis maletas aquella mañana.

Me incorporé de un salto en la cama y al notar los pies descalzos sobre el suelo, el frío mármol desenmarañó la nube gris de mi sueño. Un sueño. Una rara pesadilla. Y un fuerte dolor de cabeza que se agudizaba con el repiquetear del timbre que no cesaba de sonar. Cubrí mi cuerpo con algo para abrir al desenfadado visitante, que insistía impenitente.

Margarita me sonrió.

—«Buenas. Busco un instrumento afinado en clave de «la».